

Marina Tena Tena

La novia roja



pazuzu



La novia roja

La novia roja

Marina Tena Tena

Corrección
Rocío Orraca

plan **B**

LA NOVIA ROJA

© 2024, de la presente edición Plan B Publicaciones S.L.

© de la obra Marina Tena Tena.

Primera edición: Junio 2024

ISBN: 978-84-10031-91-3

Depósito Legal: PM 00406-2024

Autora: Marina Tena Tena (Representada por Tormenta).

www.tormentallibros.com

Corrección: Rocío Orraca.

Diseño original de portada: Borja González.

Adaptación y maquetación: Art Vandelay.

Director de la colección: Jorge Iván Argiz.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Para Raquel,
por esperar la llegada de la novia.

Prólogo

El primer trueno partió el cielo en dos. Llegué a la casa justo antes que la tormenta. El vuelo del vestido se me enredaba entre las piernas y me hizo tropezar. Me aferré a los escalones para ponerme en pie de nuevo. Había un dios sobre nosotros, y ese dios clavaba sus dedos en el firmamento y apretaba hasta quebrarlo.

Golpeé la puerta. No esperaba que cediese de forma tan mansa. Un escalofrío de agua gélida se derramó desde dentro de mis vértebras. Atravesé el umbral con un titubeo. Podría jurar que el firmamento contuvo el aliento hasta que lo hice. Tan pronto como estuve dentro, la lluvia se derramó con un estruendo, el de miles de cuerpecitos de agua que se mutilaban contra el suelo.

Estaba empapada pese a que la lluvia no había logrado rozarme. El tul y la seda se me pegaban al cuerpo formando una placenta que aún me envolvía. La tela había perdido el blanco virginal propio de los vestidos de novia. Bebía el espeso líquido rojo con avidez, con morbo, con un deseo oscuro y voraz. También me había manchado el pelo, al apartarme los mechones que se pegaban al sudor de la frente y las mejillas. La sangre me manchaba incluso el interior de

los dientes. Su sabor era dulce y pesado, a óxido y arcilla. La arrastré con la lengua para tragármela con la saliva. Con el mismo respeto con el que se toma el pan consagrado: después de sostenerlo contra el paladar con los hombros hundidos por el respeto (o el temor) a un dios que abandonó a sus hijos por un pedazo de manzana.

Tenía los pies descalzos y dejaron un rastro sucio en el mármol de un blanco despiadado. ¿En qué momento había perdido los zapatos? ¿Se habían reventado contra la piedra o se los tragó el barro? Mi respiración agitada llenaba todo el recibidor, se encabritaba en las esquinas y cogía impulso en las columnas que me ignoraban con su desdén de piedra.

—He llegado —sollocé.

Me tambaleé sobre unas piernas torpes que casi me dejan caer de nuevo. El corazón golpeaba la jaula de costillas con la misma rabia con la que la tormenta se descargaba sobre los techos de pizarra. Lo había convertido en una paloma enloquecida y roja, que se reventaba a golpes contra la celda de huesos. Me cubrí los ojos para buscar un refugio en la oscuridad hueca de las palmas de las manos. Pero los dedos estaban pegajosos y olían a pánico y hierro. El velo se había hecho jirones y, al apartarlo, el anillo del anular dejó escapar un destello. Algo nuevo, algo viejo. Algo prestado, algo robado. Algo arrancado de los brazos fríos y rígidos de los muertos. ¿No era así?

Me escuché gritar mucho antes de reconocer mi voz. Quería pensar que ese alarido de locura era ajeno. Solo cuando él me sostuvo en sus brazos me di cuenta de que me faltaba el aire y la garganta se me desgarraba, atravesada por esos gritos.

Sus ojos eran de un azul imposible. Vibrantes y fríos, una mano de hielo que se abría paso en mis entrañas hasta agarrar el corazón y partirle el cuello con un gesto. Y por fin la estúpida paloma se quedó quieta, convertida en un peso muerto entre las costillas. Tomé una bocanada de aire y me aferré a sus hombros.

—Camila...

Su voz era un susurro. ¿O un suspiro? Podía ser resignación o hastío, o incluso alivio. ¿Tal vez deseo? Me abracé a él con más fuerza. Si dijo algo más, no pude escucharlo. La tormenta se bebió sus palabras y yo alcé los labios para buscar los suyos. No se apartó ni me devolvió el beso. Se dejó hacer mientras yo manchaba de sangre su camisa blanca y el mundo se rompía por encima de nosotros.

Cuando me apartó, su gesto fue firme. Implacable. Sus ojos relampaguearon como el filo de una navaja. Samil tenía el pelo tan negro como el océano. Sus rasgos se escondían en una densa barba. Sus cejas atravesaban con fiereza la piel tan blanca como el mármol. Quise encogerme. En vez de hacerlo, alcé la barbilla.

—¿Para qué has venido?

—Para entregarme, como me dijiste.

Me tomó de la mano. Apretó el anillo prestado, robado, mío y nuestro.

—¿Estás segura?

—¿Estaría aquí si no lo estuviera?

—Ya me has rechazado antes.

—Todos nos equivocamos —mi voz sonó como si mordiese un cristal. Samil me acarició la mejilla y su pulgar me recorrió el pómulo.

—¿De verdad quieres ser mi esposa? —Su voz resonaba en un tono solemne y grave, tan profundo como el de la tormenta. Tan frío como la sangre.

—Sí, quiero.

Se alejó unos pasos. Extendí el brazo hacia él, pero una sola mirada le bastó para que me quedase quieta. El aire se me cristalizaba dentro de los pulmones, alrededor de un corazón muerto. Samil me sostenía con esos ojos tan fríos, tan profundos, tan hirientes.

—Quítate el vestido. Quiero ver tu piel.

Nunca había notado las manos tan torpes ni los dedos tan frágiles. Los sentía a punto de quebrarse, de reventar con un chasquido con la mínima presión de los lazos en los que me enredaba. Hubiera preferido que fuera él quien me desnudara. Su mirada azul me acuchillaba en el más cruel de los silencios. Las nubes rugían en un incomprensible lenguaje olvidado. Me desprendí del vestido capa a capa, y dejé caer al suelo la tela ensangrentada que nunca más volvería a ser blanca.

Bajé la vista para no enfrentarme a esa ausencia de expresión cuando salí del vestido de la misma manera en la que un recién nacido se abre paso hacia la luz. Sin saber nada del mundo al que se arrastra o se deja caer.

No dijo nada. También mi piel estaba manchada. No era una novia pura ni blanca, era una ofrenda sangrante sobre el altar de mármol. Tuve que tomar aire para acertar a desatarme las últimas prendas. La oscuridad acarició mi desnudez y cerré con fuerza los párpados.

No lo escuché acercarse, era imposible hacerlo sobre el ruido de un mundo que se desgarrar. Sentí su presencia y su aliento frío y dulce. La piel se me erizó

cuando me pasó los dedos por los brazos. Podrían haber sido cuchillos. Podían abrirme la carne con la misma facilidad.

Apoyó los labios en mi hombro. Después me retiró el pelo para recorrer con ellos mi nuca. Me rodeó con los brazos y yo me dejé mecer en ellos.

—En la fortuna y la desdicha —susurró, y me besó en el hueso de la mandíbula—. En la salud y la enfermedad.

—Hasta que la muerte nos separe.

—No, mi amor. No habrá muerte que te rescate. Serás mía por toda la eternidad.

Me sujetó por las muñecas y me hizo girar como una marioneta. Era un baile lento de cuerdas rotas y golpeteo de metal contra los huesos.

—Para toda la eternidad —prometí.

—Me rechazaste tres veces —me recordó con voz amenazante, o tal vez solo triste—. Tendrás que prometerme también tres veces si de verdad es lo que deseas. Si no te arrepientes...

—Nunca.

Samil se inclinó para sellar nuestras palabras con un beso lento y largo. Me tomó en brazos y subió conmigo las escaleras.

La tormenta bramaba desde el firmamento. También desde dentro de mis entrañas. Descargaba rayos por mi columna y hacia mis piernas. Me sujeté a él con más fuerza. Tenía los hombros anchos y un abismo entre los iris. Aspiré su olor, a incienso, piedra antigua, crisantemos y lirios blancos. Y el mío, a sangre seca y tierra abierta. Y pensé, sentí, que nuestros aromas se abrazaban como se abrazaban nuestras almas. Que nos

uníamos hasta formar una sola cosa. Que su alma crecía y la mía se apagaba. Y fui feliz, con una alegría ciega y temeraria. Me sentí libre y vacía. Le besé con fiereza, para devorarlo o dejar que me devorase. Como se besa a la estatua de un dios el día que pone los pies en la tierra.

El anillo, lo único que llevaba puesto, brillaba con la misma luz azul de su mirada.

Ver tu piel

Sangre seca

Me despierto sola y desnuda en una cama extraña.

Las sábanas son de un blanco roto en el que la sangre resalta con fuerza. Estiro la mano sobre ellas. La costra seca se desprende de mis dedos y deja otro trazo irregular en el lienzo en el que descanso. La sangre que se pega a mi piel, la misma que impregna las sábanas, no es mía. Yo solo soy quien la ha derramado.

Samil me ha dejado aquí y me besó antes de irse en silencio. La soledad me hace sentir vulnerable. ¿Me rechaza? ¿Tengo que demostrarle que hablo en serio cuando digo que quiero entregarme a él? Me siento en la cama con un suspiro y balanceo mis piernas en el aire antes de ponerme en pie. Me acerco a la ventana para apartar las cortinas y dejar que la luz inunde hasta el último rincón del dormitorio y cada recoveco de mi cuerpo.

La habitación es blanca y amplia. La luz golpea las paredes con fuerza. Ilumina las manchas que he dejado en la cama. Pero no todo es blanco. Un ramo de flores azules descansa sobre el espejo. Tienen un color tan vibrante que me hace pensar en una herida abierta en el pecho de un príncipe azul. Casi puedo escuchar

el zumbido del corazón que bombeaba entre las paredes y empujaba las tablas del suelo.

Recorro la habitación con la mirada. Hay un armario ornamentado con espirales junto a un diván de aspecto tan mullido que cierro los puños para contener las ganas de hundir en él la mano. No quiero ensuciar nada más. Me dirijo al tocador para aspirar el olor de las flores. Huele dulce y agrio, como un vino delicado que empieza a ponerse malo. Al alzar la vista intercambio la mirada con la chica del espejo. Parece una criatura salvaje de ojos negros y labios suaves. Tiene el pelo alborotado en rizos que se escapan de una trenza de espiga. No he heredado el pelo dorado y dócil de mi padre, ni los rasgos dulces de mi madre. Todo lo bueno se lo llevó Ana cuando nació, dejando para su hermana menor lo que ella no deseaba: los rasgos secos, el gesto hosco, las cejas anchas y rectas... y la carga de ser la que tenía manos dóciles, que limpiaban, aguantaban y cuidaban.

Me miro esas mismas manos como si fueran las de una extraña. Aún queda sangre seca entre los dedos y bajo las uñas. Ni siquiera parecen humanas. Es como si se las hubieran arrancado a alguna criatura, mitad monstruo, mitad mujer, y las hubieran cosido a mis muñecas. Ya nunca más servirán para cuidar o consolar: son garras con las que puedo atravesar la carne y quebrar los huesos.

Y pienso que a la chica de ojos negros le sientan tan bien las garras como la sangre que aún cubre su cuerpo.

Escucho unos pasos acercarse desde el pasillo. Cojo la sábana y me envuelvo con ella. No por timidez;

a pesar de estar en una habitación desconocida, a pesar de no estar segura de si Samil me ha aceptado, o si los rumores más macabros sobre él son ciertos, me siento poderosa. O, quizá, libre. A lo mejor lo que siento es que nada de lo que pueda pasarme tiene importancia. Así que me cubro con la sábana ensangrentada como si fuera el manto de una reina y alzo la cabeza cuando Samil abre la puerta.

La luz que se derrama desde la ventana parece evitarlo. Ladea la cabeza y yo inclino la mía, sin ser capaz de apartar mis ojos del azul intenso de los suyos.

—¿Has descansado?

—Sí. Más de lo que esperaba.

Al cerrar los ojos, la cabeza se me llenó de un torrente de sueño. Ni siquiera me había dado tiempo a preguntarme por qué se había ido, o a temer que volviera. Pero con la luz del día inundando el cuarto, las preguntas se desperezan y serpentean dentro del cráneo. Muerden la carne para infectar mi cabeza de dudas. Así que me coloco mejor la sábana y me aclaro la garganta para que mi voz suene segura:

—Te fuiste.

—Sí.

—Pensé que pasaríamos la noche juntos.

Se acerca. Dos pasos que no hacen más ruido que el polvo posándose en la alfombra. Sus ojos me apuntalan contra el suelo. Sus labios dibujan una sonrisa que tiene la misma curva y el mismo brillo que una guadaña.

—Me rechazaste tres veces, Camila. Ya te lo dije anoche.

—Mi padre, mi madre, mi hermana —enumero intentando que la voz no me tiemble—. Sabes lo que

opinaban de ti. Lo que he tenido que sacrificar para venir.

Samil no pierde la sonrisa al acariciarme la mejilla. Se acerca tanto que con solo inclinarme hacia delante podría besarlo. Me contengo, aunque duela hacerlo. Su aliento es frío. Sus labios, afilados. El deseo hormiguea entre mi estómago y se mezcla con el miedo. Son dos emociones tan parecidas que estoy convencida de que no puede existir una sin la otra.

—Lo sé. Te quedan dos más. —Me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja, luego su pulgar baja y recorre el hueso de la mandíbula—. Cuando lo hagas, serás mía. Y lo que es mío te pertenecerá.

Entonces sí que se inclina. Su beso es tan suave como los pétalos azules de las flores. Quiero recorrerlos con mi lengua, aspirar su aliento, beberme su alma. Pero Samil se aparta y no puedo hacer nada para evitarlo. Ni para impedir que se aleje y me vuelva a dejar sola en un cuarto demasiado grande y demasiado blanco.

—El baño está preparado, mi amor.

Sus palabras quedan en el aire y cierro los ojos. Si pudiera atraparlas, las agarraría con fuerza y me cubriría con ellas. Dejo escapar un suspiro antes de empezar a moverme. Lanzo una última mirada a la chica del espejo, la de los ojos negros y garras ensangrentadas. Y me parece una desconocida a la que podría envidiar.

Tiene la mirada amarga y oscura de la novia de la muerte.

* * *

El aseo es también amplio y blanco. La brisa entra por una ventana redonda y mece las cortinas de tul. Me recuerdan al velo que llevaba ayer por la noche, el que se desgarró mucho antes de que llegara a esta casa. Las uñas de Ana se clavaron, igual que las de un gato, cuando forcejeaba para detenerme. «No puedes irte. ¡Quítate el vestido! ¡No es tu sitio!». Sujeté sus muñecas y creo que ese grito agudo y salvaje escapaba de mi garganta.

La bañera está llena de agua tibia y perfumada. Dejo caer la sábana y me meto despacio. Me sujeto en el mármol para sentarme y luego me dejo caer de espaldas con los ojos cerrados y el aire contenido. Me sumerjo y dejo que los segundos se escurran hasta que los pulmones duelen y luego quemán, hasta que tengo que incorporarme para tomar una bocanada de oxígeno. Tengo una sensación de irrealidad que me hace sentir que puedo levitar en cualquier momento. Como el regusto de un sueño profundo que se queda pegado a los párpados después de una larga noche de sueño.

La sensación no se desvanece a pesar del rato que llevo despierta, ni con el agua cada vez más fría de la bañera. Me froto los párpados como si fuera a ayudarme a sentirme más despejada. Cojo la pastilla de jabón y la restriego contra mi piel, hasta librarme de toda la sangre que se ha convertido en una capa de costra seca.

Mi piel está tan limpia cuando salgo del agua que me hace pensar en un lienzo que espera, nervioso, que el pintor rasgue con el primer trazo la tela blanca. Paso la mano por mi vientre mientras pienso en la

mirada de azul y óxido, y en si sus pestañas podrían atravesar la carne. El estremecimiento que extiende raíces por mi cuerpo no es de miedo.

O no solo de miedo.

Me cubro con una toalla gruesa y mullida para descansar sobre un taburete del mismo blanco que la pared, que las sábanas, que la habitación desconocida en la que he dormido la noche más extraña de mi vida. Dejo que la mente se me llene del mismo blanco. Pero las tripas gruñen para recordarme que hace mucho tiempo que no he comido. El hambre consigue ponerme en pie y regreso al cuarto.

La casa está tan silenciosa que mis pasos parecen aparatosos y torpes. Me hace echar de menos la tormenta de la noche anterior, la que se descargaba con tanta rabia que ni siquiera lograba escuchar mis pensamientos. Abro el armario. No traje más equipaje que el vestido rasgado y sucio que me quité cuando él me lo ordenó. Paso la mano por las camisas y las faldas largas, de tela elegante y con un tacto suave que me hace pensar en la sensación de hundir los dedos en una barra de mantequilla. ¿De quién era toda esa ropa? ¿La ha preparado para mí? Me gustaría creerlo, pero no puedo hacerlo. Lo rechacé tres veces, como ha vuelto a recordarme. No creo que me esperase anoche, no con la seguridad suficiente para prepararme un armario entero. Quizá pertenezca a alguna de las esposas anteriores de Samil, una de aquellas que nunca volvieron. ¿Cuántas fueron? Se saben los nombres de tres, aunque los rumores insisten en números más altos. Cinco, siete, doce... Quizá yo sea la novia número trece y debería asustarme, y, sin embargo, lo

que siento son ganas de superar a todas las mujeres que entraron a esta casa antes que yo. A todas las que se entregaron a él antes de que yo lo hiciera. Quiero destacar y ser irremplazable. La novia número trece. Decido que es un buen número. Uno especial, que va a traerme, al fin, buena suerte.

Paso mi mano entre las prendas con decisión: aparto algunas del resto y las examino como si llevara años eligiendo la más adecuada. Cojo una falda larga y granate y una fina camisa de tela blanca. Extiendo sobre la cama y me pongo una ropa interior de encaje que parece nueva y se ajusta a mi cuerpo. No puedo evitar pensar que está hecha solo para mí. Mientras me visto, escucho el trinar de pájaros desde la ventana. La brisa es aún cálida y contiene el calor para las horas más pesadas del día. Ayer, antes de la tormenta, la temperatura llegó a volverse insoportable. En la casa de mis padres las moscas zumbaban con un ruido monótono que se mezclaba con el de los pensamientos. Volaban de forma errática, danzaban y daban vueltas y se estrellaban una y otra vez contra el cristal de la ventana. «Yo soy como ellas», pensé, y la angustia abierta en el estómago se revolvió con furia. «Yo también me golpeo hasta matarme sin ser capaz de abrir la puerta».

El vestido de novia todavía era de un blanco immaculado y mis manos estaban limpias.

Ni siquiera ha pasado un día, y sin embargo parece tan lejano como si fuera otra vida. Una en la que soy una chica callada y contenida y no una novia con garras de bestia. No me disgusta la idea de haberme transformado en algo peligroso. Me visto con la ropa de una extraña y finjo que siempre ha sido mía.

Cuando acabo, me siento en el tocador, delante de las flores azules, para ordenar mis rizos frente al espejo.

Huele a pan tostado y a té de especias cuando bajo las escaleras. Dejo que al aroma me guie hasta un comedor donde un banquete esta primorosamente colocado sobre un mantel bordado. Hay un gran cesto repleto de las frutas más jugosas: uvas, manzanas y granadas abiertas que dejan a la vista su vientre rojo y rebosante de semillas. También hay leche, té y huevos revueltos. Y una bandeja con dulces tan delicados que no sé si me atrevería a destrozar con los dientes.

—Espero que encuentres todo a tu gusto.

Me giro con un sobresalto. No lo he escuchado llegar. Respondo con una sonrisa y un asentimiento y me aliso la falda. Samil me invita a tomar asiento con un gesto.

—Tiene un aspecto delicioso. ¿Quién ha preparado todo esto? No he visto ningún sirviente.

—Y, si hacen bien su trabajo, nunca tendrás que verlos —contesta sin responder a mi pregunta.

Se sienta enfrente de mi silla. Espero unos instantes antes de atreverme a tomar un plato. Su mirada es fría y amable. Solicita de la forma más severa.

Mi estómago protesta con más fuerza y me sirvo en el plato panecillos blancos que unto con mermelada de arándanos, una manzana roja y uno de los pasteles espolvoreados con una delicada capa de azúcar.

—En mi casa jamás tuvimos una comida así —murmuro antes de llevarme el primer bocado a los labios. Tengo que cerrar los ojos con la intensidad del dulce.

—Se rumorea que pasabais hambre.

Mastico con cuidado y trago para poder contestarle. Me encantaría seguir comiendo, y sospecho que, si se

tratara de cualquier hombre en vez de Samil, lo haría y lo ignoraría hasta quedar saciada. Pero no con él. Me paso la servilleta por los labios a toquecitos, como hacía Ana, y me encojo de hombros.

—A la gente le gusta hablar, en especial de las desgracias.

—¿No crees que en todo rumor hay algo de verdad?

—No deberías hablar de eso —respondo rápido, antes de pensar dos veces lo que voy a decir y contenerme—. Y menos tú, con todo lo que la gente comenta de ti.

—Hay muchas verdades sobre mí —contesta con calma, sin que mi opinión lo altere—. Pero estábamos hablando de ti, Camila, de tu familia. Y del hambre.

Juego con la manzana en la mano sin llegar a morderla. El silencio pesa, porque espera mi respuesta. Samil no nos va a juzgar de la misma manera que los cotillas del pueblo, ni va a comentar nuestra mala fortuna en ninguna taberna. No va a reírse, aunque puede que se alegre. Y supongo que tiene derecho a hacerlo.

—Una vez fuimos ricos. Aunque no recuerdo esos tiempos, me han hablado tanto de esos años que casi puedo revivir sus recuerdos. Momentos dorados, llenos de fortuna y dicha, hasta que la fábrica de nuestro padre quebró. No hemos pasado mucha hambre, o no hemos querido mostrarla —reconozco, girando la manzana en mis manos—. Mi familia seguía ostentando su estatus, pero de puertas adentro vivíamos con lo justo. O con menos de lo justo. Eso sí, cada vez que salíamos, lo hacíamos con vestidos nuevos y zapatos siempre bien pulidos. Había que guardar las apariencias.

—Una casa se pudre desde dentro.

No sé qué responder, si es que hay algo con lo que se pueda contestar a eso. Muerdo la manzana sin apartar mis ojos de los suyos. El zumo dulce de la fruta moja mis labios y los limpio de nuevo. Samil no prueba bocado.

—¿No comes nada?

—Ya lo he hecho, no tengo más apetito. Pero me gusta acompañarte mientras tú lo haces.

¿Por qué suena a amenaza? A lo mejor no lo es, es solo el despiadado tono de sus ojos y la voz grave, susurrante, lo que transforma en advertencia la más inofensiva de sus palabras.

—Cuando termines, te enseñaré la casa. Serás la dueña cada vez que yo no esté en ella.

—Y voy a pasar aquí mucho tiempo —me lamento con una sonrisa torcida—. Después de lo que pasó ayer por la noche, no puedo volver a mi casa. Ni a la ciudad, ni a ningún otro sitio donde alguien me pueda reconocer.

—Nadie te hará daño si vas conmigo, Camila.

Aprieto los labios. Quiero creerle. Juego con la servilleta hasta que él se levanta y viene hasta mi lado con pasos lentos. Se inclina hacia mi asiento y respiro hondo para intentar contener todos los insectos que se remueven entre mis tripas. Me coge de la barbilla y empuja para levantarla con suavidad. Nuestros rostros quedan insoportablemente cerca.

—Esta casa te protegerá del mundo entero. Nadie puede encontrarte.

—Tampoco podré salir nunca.

—Eso ya lo veremos.

Sus labios se posan sobre los míos. Están fríos y, cuando se aparta, siento en todo el cuerpo el abrazo del invierno.